

GRACIAS

César Ortiz-Echagüe

No me considero capaz de resumir en el breve espacio disponible todo lo que pienso sobre la persona y la obra de Florentino Pérez-Embú. Por eso me limitaré a recoger algunos recuerdos personales.

Conocí y traté a Florentino en 1948, siendo estudiante de segundo curso de Arquitectura y residente en el Colegio Mayor Montalbán. Después tuve ocasión de seguir tratándole, incluso conviviendo con él algunas temporadas, en el Colegio Mayor de la Moncloa. Ya desde aquellos años de estudiante le debo mucho a Florentino. Además de disfrutar de su gran simpatía, del ejemplo de su trabajo bien hecho y de sus planteamientos profundamente cristianos de la vida, me impresionó, desde el primer momento, su preocupación por mis inquietudes profesionales, dedicándome muchas horas de charla personal para ayudarme a llenarlas de contenido, a ponerme metas más altas...

Recuerdo, por ejemplo, que me animaba a escribir sobre los temas más variados. Después leía detenidamente los trabajos que le entregaba y hacía comentarios incisivos, tanto sobre las ideas que desarrollaba como sobre el castellano que empleaba para expresarlas. A menudo me recordaba que una de las grandes lecciones que había aprendido de la persona que él sin duda admiraba más —monseñor Escrivá de Bala-

guer— era que no bastaba con procurar decir la verdad, sino que había que esforzarse por presentarla con «garbo humano», con «don de lenguas».

Y lo más admirable era que, en medio de su intenso trabajo, sabía siempre encontrar el tiempo para dedicárselo a otros muchos jóvenes estudiantes, igual que a mí. Nunca daba sensación de tener prisa, cuando se recurría a él. Sabía vivir esa gran virtud —patrimonio de muchos andaluces— de trabajar sin hacer ningún alarde externo, casi con disimulado pudor.

Tuve también la gran suerte de hacer con él algunas excursiones recorriendo parajes muy variados de España. Eran siempre una gran ocasión de ver la naturalidad y alegría con que vivía su fe cristiana, la intensidad de su devoción a la Virgen, su profundo conocimiento del arte español, su constante inquietud por todos los problemas de España... Pero, al igual que en aquellos años de estudiante, sabía también abrirme, ya como profesional, horizontes altos y nuevos... Me animaba siempre en mi búsqueda de soluciones arquitectónicas que abrieran nuevos caminos, pero al mismo tiempo me hacía profundizar, paseando por calles de pueblos y villas, en los valores permanentes de esa arquitectura auténtica en la que debíamos apoyarnos para avanzar.

Gracias, Florentino.